

—¿Que cómo lo he sabido? Como que los he visto y oído: todas las noches va él á la plaza que hay delante de la quinta, y ella baja á estar con él de conversacion.

—¡De ese modo—repuso el muchacho, cuyo raciocinio era muy exacto—la persona que echó á correr la otra tarde al oirme llegar á mí, no eras tú como yo me figuraba!

—¡Qué habia de ser yo! ¡era mi señora! ¡era ella, que le va persiguiendo desde que llegó!—dijo Teresa;—¡que no le dejará de la mano hasta que le saque todo cuanto tenga, porque es pájaro de cuenta, y ántes de llegar aquí, ya sabia que era rico!

—¿Pero cómo podia saberlo?—preguntó Joaquina, que atónita con aquella vergonzosa narracion, no podia darse cuenta de si dormia ó si estaba despierta;—¿quién se lo habia de decir?

—¿Y para qué necesita ella que se lo diga nadie? esas mujeres huelen el dinero, como los cuervos los muertos—respondió la camarera, olvidándose de que ella pertenecia tambien á la misma clase vergonzosa.

—Basta ya de conversacion—dijo el alcalde, que hasta entónces habia permanecido callado, adelantándose severamente;—basta, y salga V. de mi casa: á no ser porque deseaba saber toda la verdad, jamas hubiera usted ofendido los oidos de mi mujer con tan desvergonzada relacion: ya lo ve V., á pesar de sus cincuenta años, está colorada y llena de pasmo.... porque no sabia ella que la raza de V. y su ama existiese sobre la tierra; pero se trataba de la vida de mi pobre hija, y he necesitado oir todo lo que V. ha querido decir: ahora, que

ya sé á qué atenerme, váyase V., y del pueblo tambien.

Teresa, amedrentada al oir al alcalde, salió sin decir una sola palabra, y el honrado labrador se puso á pasear por el cuarto, meditabundo y sombrío, miéntras que Joaquina, que habia visto hacer un breve movimiento á Celeste, acercaba á sus labios una bebida cordial que el doctor habia dejado preparada.

XIII.

EL SEÑOR CURA.

Un instante despues entraron el señor cura y su madre; los dos habian pasado una gran parte de la noche anterior en casa del alcalde.

Voy á dar al lector una idea, si bien muy ligera, de estas dos personas, modelos de bondad y consuelo de todos los afligidos del contorno.

Era la señora Plácida una viejecita muy próxima á cumplir los setenta años de su edad, de poca estatura, pero robusta y sonrosada: habitualmente residia la alegría en su semblante; pero cuando veia una afficcion ó le referian una desgracia, demostraba la más extremada sensibilidad.

Casada muy jóven con un rico arrendador, habia tenido por único fruto de su enlace al hijo que, siendo despues un ministro del Señor, habia ademas de ser su mejor guía y su más cariñoso amigo.

Á la muerte de su padre ya desempeñaba el joven sacerdote las funciones de párroco en la iglesia de Cabañas; además ayudaba en las suyas á los otros vicarios de algunas villas mayores de las cercanías.

La fama de su elocuencia oratoria era tal, que todos los sermones difíciles se le encomendaban, y es imposible reunir más sencillez á un estilo más elevado y á unas maneras más dignas y cultas.

Un día vinieron á decirle la urgencia de fundar un hospital, pues se había desarrollado en el país una fiebre maligna que lo asolaba y los infelices labradores morían en medio de los campos; el párroco se informó de los medios con que contaban, y viendo la escasez y casi nulidad de ellos, levantó el hospital por sí solo, gastando en tan piadosa empresa más de la mitad de su legítima.

Su madre, léjos de oponerse á ello, lloró de gozo el día que tomó tal determinación y la bendijo con toda el alma.

Cinco años después, la fortuna del joven párroco se había amenguado mucho más: no había desgracia que él no socorriese.

¿Había sido el año malo?

El párroco daba la mitad de la contribución.

¿Hacían pasto las llamas de alguna habitación?

Allí estaba el señor cura, que daba una buena suma para reedificarla.

¿Caía enfermo un padre, una madre de familia?

El señor cura se encargaba de pagar al médico y al boticario, y la señora Plácida de llevar al enfermo buen

chocolate, bizcochos, azúcar y alguna gallina bien cebada, que para estos casos guardaba siempre.

Donde se lloraba ó se padecía, allí se hallaban siempre el señor cura y su madre.

No era, pues, extraño el verlos en casa de Juan María en el día de la desolación y de las lágrimas para aquella honrada familia.

La señora Plácida, á pesar de su edad, estaba ágil y robusta, efecto de la tranquila felicidad de toda su vida.

Había sido rubia y delicada como Celeste, pero ya era su cabello blanco como las medallas de plata de su rosario.

Había sido delgada y esbelta, y ahora era gruesa, aunque sin obesidad; en una palabra, había llegado al término de la vida sin borrascas y sin grandes dolores, y era lo que Celeste hubiera sido si su mala suerte le hubiera permitido llegar á una edad tan avanzada.

Estas delicadas jovencitas que parecen ángeles sin alas en la primavera de su vida, se hacen torneadas cuando llegan á su estío, y al llegar á su ancianidad se convierten en buenas mujeres gruesas y encarnadas, que rien al ver las gracias de sus nietecillos.

El señor cura no tenía más hijos que los pobres, y los pobres eran los nietos de su madre, como era natural.

La anciana vestía como las labradoras bien acomodadas: falda de percal azul, jubon de alepin negro y pañuelo al cuello de fondo blanco con grandes ramos de rosas.

Juan María miró á su mujer, irresoluto y confuso.

—¿Quieres que vayamos ahora?—preguntó ella;—el llanto sobre el difunto.

—Vamos—respondió el alcalde;—mucha pena me causa este paso; pero lo que ha de ser tarde, que sea luego.

—Van VV. á sacar lo que el negro del sermón—gruñó Perico:—los piés frios y la cabeza caliente; á ese *mainate* (1) le arreglará mi garrote, y no las razones y las palabras.

Los pobres padres iban tan preocupados que no oyeron las palabras de su hijo, y salieron de su habitacion; pero el señor cura dijo al muchacho:

—Pedro, la violencia no trae nunca nada bueno, y la prudencia suele arreglar muchas cosas: deja que tus padres prueben los medios suaves.

Joaquina y su marido volvieron á entrar en la habitacion cuando Pedro bajaba humildemente la cabeza ante el razonamiento del señor cura.

Preocupados con su desagradable empresa, habian bajado la escalera; pero, vueltos en sí, subian para abrazar á su hija.

Uno despues de otro, los dos consortes se inclinaron sobre el cuerpo de la doliente Celeste y besaron su blanco y dulce rostro con tiernísimo amor, dejando Joaquina en aquel semblante virginal la huella de las lágrimas que sin cesar brotaban de sus ojos.

(1) Lechuguino ó presumido.

—Vamos, hijos, id con Dios, y buen ánimo—dijo la señora Plácida;—aquí quedamos mi hijo y yo; además, están los dos chicos. Tú, Perico, levanta la cabeza: ¿para cuándo es el valor en los hombres? Y tú, Mariano, ¿por qué lloras como un niño de mantillas? ¿Acaso está la chica en peligro de muerte? Dios castiga las aflicciones sin motivo.

El alcalde y su mujer echaron hácia el lecho la última mirada, y bajaron la escalera cabizbajos y tristes.

XIV.

LA MADRE.

Aunque el cortijo de Bruno estaba cerca de la entrada de la aldea, y por consiguiente de la casa de Juan María, éste y su mujer tardaron bastante en llegar á él.

—Joaquina—dijo el alcalde—de véras te digo que no sé por dónde empezar: la cólera me hierve en el pecho, y de mejor gana empezaria á palos con ese mal hombre, que con razones.

—Pues mira, hombre, déjame á mí principiar—repuso la alcaldesa;—las mujeres tenemos mas explicativa, porque tardamos más en enojarnos; y puedes creer, Juan María, que todo se lo perdonaba con tal que ofreciese casarse con nuestra chica en un tiempo dado, aunque fuera tardando algo más de lo que tenia ofrecido.

— ¿Y qué hacemos con darle á la chica á semejante truhan?—preguntó el alcalde deteniéndose y cruzando las manos;—que nos la mate á pesadumbres en un año.

— ¡No, hombre, no! ¡Si al lado de Celeste es bueno el hombre más malo! ¡Ella le volverá una oveja! ¡Vaya! ¡yo lo creo! ¡Si ella viviría entre infieles! Y además, tú ya sabes lo vergonzoso que es para una muchacha el que se le deshaga una boda.

— Todo el pueblo sabrá por lo que es.

— ¡Bien! pero eso no quitará para que ella se ponga mala y se muera. ¡Ay, Juan María! á costa de lo que me queda de vida quisiera ver á nuestra santita casada con Lorenzo, y esto sólo para tapar bocas envidiosas que, aunque una digan, otra les queda!

Llegaban, al decir esto, á la puerta del cortijo.

Acostumbrados á la cordialidad que usan entre sí los vecinos de las aldeas, entraron en el patio buscando con los ojos alguna de las dos criadas que servían á Bruno y á su hijo; pero hacía el fondo del patio, liando un cigarro, vieron al mismo Bruno que acababa de almorzar en la cocina é iba ya á salir al campo para dar una vuelta á sus peones.

El matrimonio se adelantó con paso lento, y casi con cortedad: ellos tan altivos, tan honrados, iban á aplacar la cólera injusta de aquel hombre, resentido del ultraje que, según él, se le había hecho á su hijo.

— Buenos días, Bruno—dijo Joaquina, por ella y por su marido.

— Buenos días—respondió el colono lacónicamente.

Al ver aquel continente duro y helado, la alcaldesa sintió desmayar su valor, y su marido tuvo la boca abierta para dar la orden de partida; pero la pobre Joaquina contuvo á su marido con una mirada suplicante, y continuó:

— Bruno, siempre hemos sido buenos amigos; nos hemos criado juntos, como quien dice: tú quisiste á mi pobre hermana, con la que te hubieras casado si Dios no la hubiera llamado ante sí: ahora venimos á hablar contigo y con tu hijo de una cosa que nos interesa más que la vida, y creo nos oirás.

— Vamos arriba, pues—dijo Bruno, en quien aquel acento dolorido y los recuerdos que evocaba habían hecho profunda impresión; vamos arriba y hablaremos: que no porque yo tenga queja de vosotros, he de dejar de ser quien soy.

Subieron la escalera, que era angosta, y entraron en el cuarto que servía de dormitorio al colono.

— Vamos, sentaos y hablad—prosiguió Bruno.

— Lo primero que te diré, Bruno—dijo el alcalde—es que no tienes motivo ninguno para tener queja de nosotros: tu hijo estuvo imprudente, el mío también: á los dos castigué como alcalde para no dar mal ejemplo.

— Las habladurías de tu mujer tuvieron la culpa de todo.

Juan María volvió á montar en cólera; pero Joaquina no dejó que aquella cólera estallase, porque contestó al padre de Lorenzo con humildad:

— Tienes razón, Bruno: yo también me propasé, y

así, ahora mismo vengo á pedirlos que lo olvidéis, lo mismo á tí que á tu hijo: le llamé haragan y mal trabajador, en lo que hice muy mal.

—Ya sé yo que lo es—respondió Bruno, que era en el fondo muy buen hombre, y cuyo carácter era débil, sobre todo con su hijo, á quien adoraba;—ya sé yo que es un haragan, y algunos ratos de sueño me quita este pensamiento; pero ¿qué quereis? al fin es mi hijo, y no me hace buen estómago que otro se lo diga, ni á él tampoco, como es natural.

—¡Pues ya lo creo!—repuso Joaquina, contenta con aquel rayo de luz que le mostraba á lo léjos una reconciliacion completa;—¿á qué padre ó madre le agrada el oír que sus hijos son malos? Ya ves que Perico es bruto de véras; pues bien, lo mismo su padre que yo reñiríamos con nuestra sombra si pudiera hablar y se lo llamára. Nada, nada, lo que ántes dije: yo tuve la culpa de que el chico se incomodase, y di lugar á que Juan María le corrigiera; y ya ves..... eso lo hizo por no dar mal ejemplo.

—Luégo—prosiguió Bruno como si siguiese en su cabeza el curso de un pensamiento que le martirizaba;—luégo, como soy rico, y Lorenzo es solo, le dejo que no trabaje como debiera..... porque me digo: ¿para quién ha de ser todo?

—Esa es mala cuenta—dijo Juan María con una severidad que no pudo reprimir;—el mundo da muchas vueltas, y se han visto caer torres más altas.

Una mirada suplicante de la pobre Joaquina le detuvo: era el amor maternal que luchaba con la probidad rí-

gida del hombre honrado que, para acusar lo malo, se olvidaba hasta de que era padre; era la voz grave de la razon, dura y descarnada, enfrente del más delicado de los instintos y del más tierno de los afectos.

—¡Diré la verdad y tres más!—respondió el alcalde á la mirada doliente de Joaquina—que para eso soy amigo hace cuarenta años de Bruno: ¡sí, señor! Ha hecho mal en dejar que su hijo se acostumbre á la holganza, y que por lo mismo se aburra y aborrezca al pueblo y á todos los que vivimos en él, es decir, á todo lo que debía estimar y querer.

—Pero ¿qué querias que hiciese, Juan María?—exclamó *el rico* dejando ya la máscara, para dar lugar en sus facciones á una amarga expresion de pena;—ya le di buenos consejos..... ya le aconsejé; pero tenia cuando volvió veintisiete años, y á esta edad, lo que no hace la razon no lo consigne nada. Yo no me quejo á nadie, porque un padre no debe publicar las faltas de su hijo; pero cree que tengo siempre delante de mi alma una sombra negra..... negra como la noche, y que en nada hallo alegría.

—¡Pobre Bruno!—murmuró la alcaldesa enternecida, y enjugándose una lágrima.

—Dios da á todos su cruz—prosiguió el labrador—y los que envidian la riqueza no saben por qué: yo tengo dinero de sobra, y en cambio no tengo una hora buena, ni la he tenido nunca. Mi mujer era vanidosa y con nada se contentaba: á pesar de ser yo bueno para ella, siempre estaba triste y soñaba con galas, con una cruz de oro y con pendientes de plata; para que tuviese todo esto

quise ser rico, y lo conseguí, porque el hombre deja de conseguir pocas veces lo que quiere, si lo quiere de veras: mi mujer tuvo su cruz de oro, sus ricas arracadas de piedras finas, trajes lujosos y algunos duros en el arca á su disposicion; pero aún no habia empezado á disfrutar de todo eso, cuando Dios me la quitó.

Bruno se detuvo y enjugó una lágrima, que habia brotado en sus ojos, con el dorso de su mano; luego prosiguió:

—Si ella hubiera vivido ya no tendria vanidad, porque sería vieja, y me hubiera acompañado en la soledad en que me deja ese hijo; pero si era la voluntad del Señor que me quedara solo, ¡bendita sea!.... Por cuidar de mi hijo, por no darle madrastra, no he querido volverme á casar.... sólo lo hubiera hecho con tu hermana Joaquina; ésta tambien murió.... ya no me quedaba más que Lorenzo, y éste me dejó para ir á la guerra, y volvió ingrato y duro para su padre, que tanto ha hecho por él.... ¿Qué remedio hay? ¡Ninguno! Dios es el amo de todos, y á mí me ha destinado para la soledad y la tristeza.

Calló Bruno, y otra vez aquella gruesa lágrima, signo elocuente de su fatigosa afliccion, se deslizó por su mejilla tostada y curtida por las rudas faenas de los campos; tras de una larga pausa, prosiguió así:

—Juan María, Joaquina, os agradezco más de lo que podeis pensar el que hayais dado este paso, porque os quiero como á mis hermanos, y sólo en vuestro corazon podria yo desahogar mis penas.... ya veis, esto no se puede decir á todos, y yo hasta al señor cura se lo he

callado.... porque me da vergüenza el decir.... que mi hijo me desprecia.... pero es la verdad.... sí, ¡se avergüenza de su padre porque es un rústico!

La lágrima se convirtió en sollozos: el pobre padre abria á sus amigos, como un libro, su corazon dolorido, y que todos creian henchido de satisfacciones.

—Vamos, Bruno, ¿á qué afligirse así? —preguntó Joaquina, que lloraba á lágrima viva: —Dios da el remedio segun es la pena.... ¡aunque parezca que alguna vez se olvida de nosotros, no es así, y detras de la lluvia, sale el sol!....

—¡Caramba, Bruno — dijo á su vez Juan María — ten valor, que tu hijo no es ningun mal hombre, ni ha hecho nada de que te puedas avergonzar!.... ¿Que tiene mala cabeza? Él la sentará. ¿Qué tiene *fantesía*? ¡Poco más, poco ménos, todos la hemos tenido!.... Desde chiquitos, que hemos sido como hermanos, y ya sabes la guerra que daba yo á mi madre para que me comprase una faja de seda cuando se me antojaba: vamos, todo eso pasará; Lorenzo es un buen chico, ¿y qué ha de hacer más que tener vanidad? ¡Ya sentará!

Y el buen Juan María, que habia ido allí como acusador, se convirtió en abogado del hijo al ver la afliccion del padre.

—Todo esto se arreglará así que se case con mi Celeste, y tengan un hermoso chico; y si te he de decir la verdad, Bruno, á hablar de eso venimos con Lorenzo.

Joaquina dijo estas palabras precipitadamente y como quien desea salir pronto de una situacion penosa, para respirar despues con más libertad.

— Deseamos — añadió el alcalde — ver en qué está respecto á la boda; y si está en ello, lo mejor será que los unamos cuanto ántes, porque, Bruno, mi Celeste se nos muere si Lorenzo la deja.

Aquí fué la voz de Juan María la que se volvió sorda y ahogada.

— ¡Qué dices! ¿está mala Celeste? — preguntó *el rico*.

— ¡Muy mala! — respondió el alcalde, en tanto que Joaquina sollozaba — ¡muy mala! Ayer, despues del desaire que le hizo Lorenzo, cuando volvía contigo de la cárcel, le dió una lloradera terrible: de lo que se sofocó, se le levantó calentura y despues cayó en una congoja que no le pasa, y parece muérta: por consejo del señor cura, venimos á hablar á Lorenzo, porque si se vuelve atras..... entónces..... ¡ay, Dios mio! de pensarlo se me eriza el pelo.

En efecto, Juan María temblaba como un calenturiento ante la idea de perder á su hija.

— ¿Volverse atras? — exclamó Bruno con indignación; — ¡á eso podríamos llegar! Juan María, tú mismo lo has dicho: Lorenzo no es un mal hombre, y sólo un mal hombre podría hacer eso: voy á buscarle.

Bruno salió, y Joaquina dijo á su marido:

— Yo no sabía si nombrarle á esa señora forastera para que viera que tenemos miedo con razon de que no cumpla su palabra.

— No hay para qué — repuso gravemente el alcalde, que ya se habia repuesto de su emocion; — pueden ser habladoras y chismes de esa criada, como dice el señor

cura, y no hay para qué dar á Bruno una desazon: ahora verémos, porque ya los oigo acercarse.

En efecto, se oían los pasos de Bruno y de su hijo que subían la escalera, y un instante despues entraron en la habitacion donde se hallaban Juan María y su mujer, cuyos corazones palpitaban aceleradamente al pensar en que se iba á decidir la suerte de su hija, de su adorada Celeste.

XV.

SENTENCIA DE MUERTE.

El hermoso semblante de Lorenzo presentaba una mezcla extraña y odiosa de cólera y de burla.

El contacto con la cortesana le habia maleado de tal modo, que todo instinto de justicia, de equidad y de buen parecer habia desaparecido de su alma.

— Buenos días — dijo con el aire que podría emplear un gran señor al dar audiencia al ayuda de cámara que hubiera despedido por haberle robado; — mi padre me ha dicho que VV. querían hablarme, y aquí estoy.

— Sí, hijo, queremos hablarte — dijo Joaquina, que era siempre la que tomaba la iniciativa, pero que se sentía trémula y turbada al ver la expresion del semblante del jóven; — queremos hablarte, y sobre todo yo.....

— Pues ya puede V. empezar lo que tenga que decirme — repuso Lorenzo con tono brusco é impaciente.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO